

—Teneis razon: ¿ireis vos al cateo?

—Y llevaré jente de mi confianza.

—Bien.

El virey escribió rápidamente algunas líneas y dando á

D. Lope un papel le dijo:

—Aquí esta la órden.

—Pues con el permiso de V. E. voy para no perder tiempo.

D. Lope se retiró precipitadamente para su casa.

Media hora despues salia de allí acompañado de tres hombres perfectamente armados y llevando todos faroles.

En ese momento sonaron las doce de la noche.

XXI.

De como el Señorito probó que era hombre que sabia cumplir sus promesas.

DOÑA Inés de Medina se retiró á su aposento dejando cerrada la bodega en que tenia á D^a Laura.

Pero llevaba en la mano la profunda m ordedura de la emparedada, y esto era verdaderam ente una enfermedad que nada tenia de lijera; al dia siguiente tuvo calentura y la fué necesario ocurrir á un médico.

D^a Inés dijo que un perro la habia mordido, y así pasó; el médico ordenó algunos remedios, y la vigorosa naturaleza de la jóven hizo lo demás.

Como en aquellos tiempos la medicina no estaba tan adelantada, las amputaciones eran menos frecuentes, y D^a Inés salvó la integridad de su persona merced á eso.

D^a Inés hizo llamar á Luis el criado que la acompañaba á todas sus expediciones y se encerró con él el dia que sucedió á los acontecimientos referidos en el capítulo anterior.

—Luis—le dijo—es preciso que te encargues de llevar la comida á esa mujer todos los dias.

—¿Y qué ordena su merced que la lleve?

—Agua y pan: con eso tiene para vivir.

—¿Cuántas veces al día?

—Tres: en la madrugada, al medio día y en la noche, procurando que nadie observe nada.

—No tenga cuidado su merced.

—¿Y ese hombre que te acompañó.....?

—Es seguro, es un conocido mio.

—¿Nada dirá?

—Estoy seguro de él.

—Sin embargo, sería mejor....

D^a Inés pasó significativamente su mano abierta por delante de su cuello.

—Si su merced quiere.... —contestó Luis.

—Depende de que tú puedas.

—Fácil es.

—Pues por mi cuenta.

—D^a Inés abrió una gabeta y sacó un puñado de monedas de oro que entregó á Luis.

—Será su merced muy bien servida.

—Sí, Luis, los muertos no hablan, y á mí y á tí nos conviene que ese hombre calle para siempre: vete y procura que todo se haga cuanto antes.

Luis se retiró haciendo una reverencia.

—En cuanto á D. Guillen—pensó D^a Laura—nada dirá porque tambien es cómplice; pero es para mí mas conveniente tenerle seguro: esta noche le obligaré; ó se casa conmigo, ó muere: un marido sabe guardar el secreto de su mujer; un muerto el secreto de todos.

.....

.....

Aquella tarde D. Guillen entró á la casa de Tlaltelolco; los hombres de la gavilla le esperaban.

—He arreglado todo perfectamente; esta noche debemos dar el golpe en la casa del marqués de Rio-florido.

Los bandidos se miraron entre sí; el Señorito lo advirtió, pero finjió no haber visto nada.

—A las doce de la noche—continuó—llegaré en una canoa, y como D^a Inés no puede bajar á abrirme porque está enferma, lo hará la Apipizca, que tiene ya toda su confianza, y me conducirá á la habitacion de la dama; una vez que llegue yo allí, la Apipizca volverá á bajar y os abrirá á vosotros; ella os conducirá al aposento en que duermen los criados, para que podais atarles; despues os conducirá ella misma á la cámara del marqués, y allí podeis sacar cuanto necesitamos; porque allí se depositan las alhajas, el dinero, la plata labrada, todo, todo: yo procuraré distraer á D^a Inés para que nada advierta y en caso de que algo llegue á notar, ya sabeis.... sobre todo, asegurar primero á la servidumbre y luego al marqués: ¿habeis comprendido?

—Perfectamente—contestó el Camaleon.

—Así, os debo advertir que no salgais todos reunidos, sino uno primero, éste avisa al segundo que no hay riesgo; despues de que examine bien si alguien observa, y así sucesivamente: la contraseña que debeis dar á la Apipizca, y luego unos á los otros para ir saliendo y evitar una sorpresa, es esta: *al agua*. ¿Quedais enterados?

—Sí.

—Pues hasta la madrugada: aquí nos veremos para repartir el botin.

El Señorito sin mas ceremonias salió de la casa y se dirigió para el centro de la ciudad.

—Negocio hecho—dijo el Camaleon.

—Arreglado—contestaron alegremente los otros, y se disolvió la *honrada* reunion.

El Señorito volvió á su casa al pardear la tarde: la Apipizca le esperaba ya en el portal.

—¿Y bien, Marta, qué dice D^a Inés?—preguntó el Señorito.

—Díla vuestro recado y contestóme que está conforme en que vayais á verla esta noche; que mucho tiene que hablaros; que yo bajaré á abrir como vos deseais, y os conduciré á su habitacion.

—Bien, Marta; todo sale á medida del deseo: escucha ahora lo que vas á hacer: esta noche, como te dije, irán los amigos; yo me entraré al aposento de D^a Inés, y entonces bajas á abrirles y les llevas al aposento de los criados, y luego al del marqués: cuando ellos hayan hecho su botin le dices al Camaleon que le llevarás á la cámara de D^a Inés en donde estoy yo; pero procura hacer ruido para que yo conozca que os acercais. Encontrarán cerrada la puerta de esa cámara; impides que procuren echarla abajo so pretexto de que podrían despertar al vecindario: yo saldré de la cámara de D^a Inés por otra puerta con disculpa de ir en busca de auxilio. Tú habrás dejado abierto el zaguan que cae para el canal, allí les esperaré, y como deben salir de uno en uno, en lo que tú tambien te empeñarás, de uno en uno les iré despachando. ¿Me entiendes?

—¿Y si D^a Inés pregunta por dónde entraron?

—Contestas que no sabiendo cerrar, por casualidad dejaste abierta la entrada, que buen cuidado tendrá ella de no decir que tú fuiste á abrir y para qué.

—Muy bien.

—Vete, y á las doce en punto me esperas.

Aquella noche, por razon de la enfermedad de D^a Inés, no hubo tertulia en la casa del marqués de Rio-florido, y muy temprano estaban todos recojidos.

A las doce de la noche llegó como de costumbre el Señorito en la pequeña chalupa, pero al salir de ella dijo al remero:

—Regresa, porque ya no te necesito.

El remero, contento de evitarse una mala noche, se retiró.

El Señorito llamó con precaucion, y le abrieron inmediatamente.

—Buenas noches, linda moza—dijo á Marta, que era la que le esperaba—¿no hay novedad por aquí?

—No, señor.

—Cierra y vamos.

La Apipizca cerró y comenzó á guiar á D. Guillen, que procuraba no hacer ruido con sus pisadas.

Llegaron hasta la cámara de D^a Inés, y la Apipizca llamó.

—Adentro—dijo D^a Inés.

La Apipizca entró.

—Aquí está—dijo en voz baja.

—Que pase, y retírate.

D. Guillen entró, cerrando tras sí la puerta, y la Apipizca volvió á bajar.

—Cierra con la llave, amor mio—dijo D^a Inés.

El Señorito dió dos vueltas á la llave y se acercó á D^a Inés.

La dama estaba recostada en una soberbia cama de ébano, cubierta con colgaduras de seda rojas y blancas.

D^a Inés había estudiado para recibir á su amante la actitud mas seductora, y su traje de enferma dejaba adivinar con facilidad sus formas mórbidas. D. Inés estaba verdaderamente encantadora.

—Ven, mi bien—dijo—siéntate aquí á mi lado.

—Inés, cuán feliz me haces—contestó el Señorito—permitiéndome entrar hasta tu cámara!

—¿Qué hay en eso de particular? ¿no debes ser mi esposo?

—¡Tu esposo, Inés, tu esposo! te atreverias á casarte conmigo; tú tan noble y tan rica.

—Por qué no, Guillen? y seremos muy felices. Mira, bien mio, yo soy muy rica porque soy la única heredera de mi padre, y mi padre puede morir pronto; no soy vieja: en cuanto á hermosura.....

—Eres un ángel—esclamó con exaltacion D. Guillen.

—Pues si quieres, Guillen, en esta semana misma seré tuya.

—Si, Inés, serás mia.

D. Guillen comprendió en el momento que este matrimonio seria su felicidad, pero repentinamente le ocurrió la idea de los hombres que debian robar al marqués aquella misma noche.

Aquel robo iba á ser á él, porque aquellas riquezas debian ser suyas, y no habia ya modo de impedirlo: quizá estaban ya dentro de la casa, quizá en aquel momento comenzaban á efectuar su obra.

El Señorito sintió un vértigo.

¿Qué aconteció en la casa del marqués de Rio-florido?

La Apipizca dejó apenas al señorito en la cámara de D^a Inés, y volvió luego á la puerta que caia para el canal.

Poco tiempo tuvo que esperar, porque se escucharon tres

golpecitos dados con precaucion por la parte de afuera: debia ser el Camaleon.

—¿Quién va?—dijo Marta.

—Yo—contestó una voz.

—¿Qué se ofrece?

—*Al agua*—contestó la voz.

—¿Sois vosotros?

—Sí—contestaron los de afuera.

La Apipizca se apresuró á abrir y entraron el Camaleon y otros tres de sus compañeros; el quinto quedó á la orilla de la acequia cuidando la canoa que les habia conducido.

Marta volvió á cerrar; pero se podia haber advertido que no corrió el pasador; ni el Camaleon ni sus compañeros pararon en esto la atencion.

—¿Ha llegado ya, por supuesto, el Señorito?—preguntó el Camaleon.

—Está en el aposento de D^a Inés—contestó la Apipizca—no perdamos tiempo.

—Guíanos allá.

—No, primero sigan sus instrucciones; asegurad vosotros á los criados y al marqués.

—¿Pero no estás de acuerdo en que es bueno *despachar* antes al Señorito? así está arreglado.

—Despachadle vosotros despues, pero antes no, porque seria fácil que despertaran los criados.... al fin, que él está seguro.....

—Dices bien; vamos á lo demas.

Los cuatro bandidos, siguiendo á Marta, fueron recorriendo la casa y atando á cuantos sirvientes y esclavos encontraban.

Nadie hizo resistencia, porque todos estaban perfectamente dormidos.

—Y los porteros!—dijo el Camaleon.

—Creo que no es necesario perder en eso el tiempo—contestó la Apipizca—están lejos de aquí y aun cuando hubiera algun rumor, no lo percibirían. . . . vamos al aposento del marqués.

—Bien, bien: vamos.

D. Manuel de Medina dormía profundamente con esa tranquilidad del que no ha pensado en ningun peligro al acostarse; la puerta de su aposento estaba solamente entornada.

—Allí—dijo la Apipizca mostrando aquella puerta.

El Camaleon, como todos sus compañeros, andaba descalzo para no hacer ruido, se adelantó cuidadosamente y aplicó el oído á la puerta durante largo rato. Dentro de aquella pieza no se escuchaba mas que la acompasada respiracion de un hombre que dormía.

El Camaleon empujó aquella puerta con mucha precaucion y metió la cabeza.

Nada indicó que el marqués hubiera despertado: su sueño era profundo.

El Camaleon hizo una seña á sus compañeros para que se acercasen, y entró caminando sobre las puntas de los piés hasta llegar cerca del lecho del marqués; los otros estuvieron á poco á su lado, rodeando el lecho con los puñales en las manos; la Apipizca habia quedado en la puerta procurando ocultarse.

La estancia estaba débilmente iluminada por un pequeño candil de aceite que ardía sobre una mesita delante de un crucifijo.

El marqués despertó al sentir las miradas de los bandidos fijas en su rostro y abrió los ojos espantado, porque es un fenómeno que los sabios esplican con el magnetismo, ese que se verifica tan continuamente, que basta fijar la vista en un hombre dormido para que éste se despierte luego aunque no le haya abandonado el sueño antes por algun ruido.

Y siempre el que así despierta abre los ojos buscando instintivamente la mirada que le ha vuelto en sí.

—Silencio ó sois muerto!—esclamó el Camaleon á media voz y levantando el puñal.

El marqués hizo un movimiento como retirándose del Camaleon, y el Pinacate, que estaba del otro lado del lecho, le dijo tambien á media voz:

—No hay que moverse.

El marqués miró con angustia aquellos cuatro puñales levantados contra él, y aquellos rostros espantosos y aquellos ojos amenazadores; su frente se inundó de sudor y comenzó á temblar.

—¿A dónde están las llaves?—dijo el Camaleon.

—¿Qué llaves, señor?—contestó con voz suplicante el marqués.

—Las llaves de las cajas en donde está el dinero, las alhajas; pronto.

—Pero, señores, por Dios, no tengo nada.

—¿Cómo nada? las llaves. . . .

—¡Señores!

—Las llaves!—repitió con una calma infernal el Pinacate, clavando lijeramente la punta de su puñal en uno de los brazos del marqués.

—¡Jesus me ampare!—esclamó éste.

—Sin gritar, ó sois muerto!—agregó el Camaleon picándole con su daga el otro brazo.

El marqués calló, porque el temblor convulsivo de su cuerpo era espantoso.

—¡Las llaves!—dijo el Pinacate volviendo á picarle mas profundamente con el puñal.

—¡Las llaves!—repitió el Camaleon haciendo lo mismo.

El marqués llevó la vista hácia donde habia sentido aquellos golpes; su sangre manchaba ya el blanco lienzo de las sábanas.

El miedo del marqués se convirtió en terror espantoso.

—Señores, no me maten, no me maten, que estoy en pecado mortal.

—Pues las llaves—dijo picándole el Camaleon.

—¡Jesus! ¡Jesus! señores, ahí están las llaves en esa gabeteta.

El Camaleon se dirigió á la gabeteta.

—Está cerrada—esclamó.

—Rompedla, señor, porque no sé dónde está esa llave—dijo con angustia el marqués.

El Camaleon introdujo en la cerradura la punta de su daga y la hizo saltar: adentro habia algunas piezas de oro, que el Camaleon se embolsó precipitadamente, y un manajo de llaves.

El marqués se habia incorporado en su lecho y seguia todos los movimientos del ladron con ojos inquietos.

—Bueno, aquí están las llaves—dijo el Camaleon—ahora el Pinacate se queda aquí haciéndole la corte al señor marqués; entendido, señor marqués, que á la menor palabra, al menor movimiento que haga, se os degüella como un borrego.

El marqués dió un salto de espanto.

El Camaleon y sus dos cómplices comenzaron á registrar todas las cajas y las gabetas; formando con el despojo cuatro partes de las cuales á cada uno de ellos les tocaba cargar una.

Aquello duró cerca de media hora.

—Ya no hay mas—dijo el Camaleon—vámonos.

—Pero es preciso dejar asegurado al señor marqués—replicó el Pinacate.

El marqués le miró con ojos como de loco.

—Dices bien—contestó el Camaleon—á la obra.

Y los dos se lanzaron rápidamente sobre el infeliz marqués y le ataron en un momento con las sábanas de su lecho y le pusieron de mordaza un gran pañuelo.

—Cada uno tome su carga—dijo el Camaleon.

Los cuatro bandidos levantaron el botín y volvieron á salir conducidos por la Apipizca.

—Ahora es necesario arreglarnos con el Señorito—dijo el Camaleon—porque no es bueno tener nada pendiente: llévanos allá, Apipizca.

—Vamos—contestó Marta, y comenzó á caminar por delante, pero en cierto lugar finjió tropezarse con una mesa, y la derribó.

—Cuidado—esclamó el Camaleon—no hagas ruido.

—Qué importa!—contestó la Apipizca—todos están ya asegurados.

—Tienes razon.

—Aquí—dijo Marta—deteniéndose delante de una puerta.

El Camaleon empujó, pero estaba cerrado.

—Está cerrado—dijo el Camaleon—¿sospechará algo acaso?

—Fuerza es que se encierre, que está con la dama—contestó con una sonrisa maliciosa la jóven.

—Entonces echaremos abajo la puerta.

—No ves que el ruido puede llamar la atención?—objetó Marta.

—Qué importa—contestó el Camaleon—tú misma dices que todos están asegurados.

—Pero. . .

—Calla. Amigos, es preciso romper esta puerta, y cumplir lo prometido; ¿estais conformes?

—Sí—dijeron los otros á media voz.

El Camaleon, ayudado del Pinacate, comenzó entonces á forzar la cerradura.

D. Guillen, en medio de su amoroso coloquio con D^a Inés, habia escuchado el ruido que hizo Marta para prevenirle.

—Alguien viene—dijo D. Guillen.

—Creo que no—contestó la dama.

—Será tu padre.

—No es posible.

En este momento empujaron la puerta, y se oyó la voz de un hombre que hablaba.

—Es tu padre, el marqués—dijo D. Guillen.

—Pues huye, sal por esa puerta, y retírate: mañana con Marta te mandaré á decir lo que haya, pero importa que no te enenentre en mi cámara.

D. Guillen, que no deseaba sino salir, tomó su sombrero y se retiró precipitadamente por la otra puerta.

D^a Inés, preocupada con la idea de que los que trataban de penetrar eran su padre y algunos de los criados, procuró tomar un aire de indiferencia, esperando que de una

vez se abriese la puerta para poder convencer al marqués de que era inocente.

El Camaleon y sus compañeros hicieron por fin saltar la chapa, y la puerta se abrió con violencia.

D^a Inés se volvió creyendo ver entrar á su padre, y al encontrarse con aquellos hombres de rostro fiero, y que penetraron allí puñal en mano, lanzó un grito y quedó desmayada.

El Camaleon y sus compañeros rodearon inmediatamente el lecho de D^a Inés.

En el que se sigue tratando la misma materia que en el anterior.

XXII.

EN el mismo momento en que D^a Inés espantada con la presencia de los bandidos lanzó un grito, y cayó desmayada, en la puerta de la estancia se escuchó otro grito semejante.

Era la Apipizca que arrojó el candil con que había alumbrado al Camaleon y á sus compañeros, y que desapareció rápidamente.

Unos hombres armados, á la cabeza de los cuales apareció el viejo marqués de Rio-florido, se presentaron en la puerta de la estancia de D^a Inés.

Los bandidos no pensaron en el primer momento sino en huir, pero aquellos hombres habían cortado la única salida que ellos conocían, y no les quedaba mas recurso que defenderse y abrirse paso con el puñal.

Antes que á todos le ocurrió al Camaleon tomar la iniciativa en la lucha y se lanzó sobre el grupo que acompañaba al marqués.

Sus compañeros le imitaron y se trabó dentro de la estancia un combate encarnizado en el que los de la banda

del marqués llevaban la peor parte, porque todos los ladrones se defendían y atacaban con desesperación: los muebles rodaban, y una despues de otra se apagaron las luces que llevaban los del marqués, y la lucha continuó en la oscuridad, en medio de un silencio que no turbaba mas que la jadeante respiracion de los combatientes y el ruido sordo y siniestro de algunos golpes.

El Camaleon había perdido á dos de sus compañeros que yacían muertos; y él con el Pinacate se había replegado á uno de los ángulos de la habitacion.

Pero casualmente era allí adonde estaba la puerta por donde había escapado el Señorito.

El Camaleon sintió que había una puerta, probó á abrirla; la puerta cedió sin ruido, y atrayendo en pos de sí al Pinacate, saltó por allí volviendo á cerrar, mientras el marqués de Rio-florido gritaba:

—Traigan luces, traigan luces.

El Camaleon y su compañero no conocían la salida, y siguieron adelante hasta encontrar una ventana que no tenía reja.

El Camaleon se asomó por allí. Daba á un terreno eriazo: la altura era considerable, pero el peligro que les seguía estaba próximo. El Camaleon subió á la ventana y se dejó caer del otro lado; el Pinacate le siguió.

Ninguno de los dos se resintió del golpe: levantárose violentamente y echaron á huir.

Media hora despues estaban sanos y salvos en la casa de Tlalteloleo.

—El Señorito nos ha vendido—esclamó el Camaleon—me la pagará

—El Señorito y la Apipizca—agregó el Pinacate—los dos.

—Pues nos vengaremos; ¡pobres de ellos!

Entretanto, cosas terribles habian acontecido en la casa de D^a Inés.

Cuando llegaron las luces que el marqués habia pedido, se pudo ver una escena espantosa.

Dos bandidos y cuatro criados estaban tendidos en el suelo, muertos, é inundando con su sangre todo el pavimento: D^a Inés se habia vuelto á desmayar durante el combate, y hasta en su mismo lecho se veian unas manos pintadas con sangre, seguramente de algun moribundo que se habia apoyado allí antes de caer.

Entre los muertos se encontraba el botin que debian haberse llevado los ladrones.

—Señor D. Lope—dijo el marqués á una de las personas que le acompañaban—sin el milagroso auxilio de vuesa merced, yo hubiera sido robado y á mi hija quién sabe lo que la hubiera acontecido.

—Una casualidad ha hecho todo, y vuesa merced nada tiene que agradecerme, porque comision bastante desagradable me trae á su casa.

—¿Qué mandaba vuesa merced, señor D. Lope?

—Despues lo diré; por ahora preciso es atender á la salud de D^a Inés y seguir en pos de los ladrones, que deben estar quizá dentro de la misma casa.

—Razon le sobra á vuesa merced: dos criados quedarán aquí con mi hija y nosotros seguiremos en busca de esos hombres.

El marqués encargó á dos criados que atendieran á D^a Inés, y él, con D. Lope y los demas, siguió registrando la casa.

D. Lope se alegraba interiormente de todo esto porque

le proporcionaba oportunidad de inquirir algo respecto á D^a Laura sin dar á sospechar su objeto.

Porque en efecto, si D. Laura estaba allí, aquellos momentos eran á propósito para encontrarla, supuesto que nadie pensaria en ocultarla.

Registraron así escrupulosamente toda la casa, y D. Lope no pudo encontrar ni un solo vestigio.

La Apipizca fué hallada en una de las piezas interiores, pálida y temblorosa.

—Pobre muchacha—dijo el marqués—¿y cómo escapaste?

—Ocultéme aquí, señor—respondió Marta—nadie vino. y el miedo me impidió moverme.

—Vé á servir de compañía á Inés, y no temas, porque todo pasó.

—La Apipizca, finjiéndose víctima, volvió al aposento de su ama.

Allí reconoció con terror los cadáveres de los dos bandidos, pero vió tambien que ni el Camaleon ni el Pinacate habian muerto.

D^a Inés volvió de su desmayo, y lo primero que exigió fué salir de aquella estancia en donde estaban los muertos, y sentada en un sitial la sacaron de allí los criados.

D. Lope y el marqués llegaron hasta el patio en que se veian los amantes, y comenzaron á buscar entre la leña y madera reunida allí, porque temieron que en ese lugar pudieran ocultarse los ladrones.

El marqués observó casualmente que la puerta que caia para el corral estaba abierta.

—Sin duda—pensó—por aquí se entraron esos hombres: voy á ver.

Y se dirigió á la puerta, y salió con objeto de explorar lo que pasaba fuera.

El Señorito, cuando escapó de la cámara de D^a Inés, salió conforme lo había dicho á la Apipizca á esperar á sus cómplices fuera de la casa para deshacerse de ellos.

Pero lo primero que observó al salir fué al hombre que había quedado en la cueva.

El hombre aquel dormía; la noche estaba clara y el Señorito pudo reconocerle por uno de los compañeros del Camaleon.

El Señorito sacó su daga y fué acercándose con precaución hasta tenerle al alcance de su mano, levantó el brazo y le hundió la daga hasta el corazón.

El desgraciado se estremeció, lanzó un jemido y quedó muerto.

—Pícaro menos—esclamó D. Guillen con una horrorosa sangre fría—vamos á quitarme esto, y luego séguiremos con los otros.

Tomó entonces los remos, desató la canoa y embarcándose en ella la dió un ligero impulso hasta llegar á donde la corriente del canal era mas rápida.

Allí dejó los remos, tomó con gran cuidado el cadáver procurando no mancharse con la sangre y le arrojó al agua.

El cadáver se hundió por un instante y luego volvió á reaparecer en la superficie, llevado por la corriente que le hacia ir volteando á cada paso.

El Señorito le contempló hasta perderle de vista, y luego volvió á conducir la canoa á la puerta de la casa de D^a Inés, la ató á la escalinata y saltó á tierra.

—Vamos á ver si llegan—dijo—ya no deben tardar, y con la daga desnuda se puso al lado de la puerta.

Pasó así largo tiempo esperando; por fin oyó rumor y voces dentro de la casa.

—Como nada temen—pensó—no toman ya precauciones.

La puerta se abrió, y el Señorito vió salir por ella un bulto que se detuvo como mirando los alrededores.

Era sin duda el primero de los ladrones que salía á ver si se podia retirar sin peligro.

Así lo pensó el Señorito, y se lanzó sobre aquel hombre, rápido como un relámpago, y le hundió muchas veces su daga en el pecho.

Aquel hombre no pudo ni gritar.

—Otro pícaro menos—dijo el Señorito—estos querian asesinarme; ya la pagarán todos; se olvidaron de quien era yo: apartaré este cuerpo para que no le vean.

Y el Señorito tomó por los piés el cadáver y le arrastró para alejarle de allí, pero entonces salió de la sombra del muro, y la luz de la luna bañó el rostro del cadáver.

—¡Qué es esto!—esclamó espantado D. Guillen—este es el marqués de Rio-florido!

Acercóse á examinarle y reconoció á D. Manuel de Medina.

Entonces oyó dentro del patio que decian:

—¡Señor marqués! señor marqués!

El Señorito se supuso algo semejante á lo que había pasado; saltó lijeramente en la canoa; y haciendo un supremo esfuerzo se alejó en direccion de la corriente en el momento en que la puerta se abria y se presentaban varios hombres con luces.

D. Lope buscó al marqués y tropezó á poco con su cadáver.

—¡Horror!—esclamó retrocediendo—el señor marqués asesinado!

—¡Asesinado!—repitieron todos agrupándose alrededor del cadáver.

—¿Pero quién puede haber sido? y cómo tan rápidamente?—dijo D. Lope.

—Señor—contestó uno de los criados—allá vá una canoa con un hombre.

—Ese debe ser, ese—gritó D. Lope—¿pero cómo detenerla?

—Solo así—dijo un criado, y levantando una carabina hizo fuego sobre la canoa.

Todos los que llevaban armas de fuego le imitaron.

El Señorito vaciló un momento, y despues, haciendo un esfuerzo supremo, se alejó perdiéndose entre la incierta claridad de la luna y las sombras de la noche.



LAS DOS EMPAREDADAS